

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO II.

Vida de amor y de guerra —El mensajero de paz.—La justa.

Montreal, rodeado de sus soldados, guarecido en su fortaleza feudal, encantado por las bellezas de la tierra, del cielo, del mar, adorando apasionadamente á su Adelina, olvidaba por un instante sus proyectos y sus mas placenteras ocupaciones. Su naturaleza era susceptible asi de inmensa ternura como de implacable ferocidad, y su corazon latía con violencia cuando, fijándose en las hermosas mejillas de su dama, conocia que no bastaba su presencia para que recuperasen su primera frescura. Maldecia á menudo el voto fatal de su orden que le vedaba unirse á una muger de mas elevada clase que la suya, y el remordimiento de los perjuicios que la habia ocasionado agriaba sus mas dulces horas. Aquella noble dama, privada en una madriguera de bandidos de todo lo que desde su niñez habia aprendido á querer y á estimar, de una madre, de una familia, de una reputacion, parecia que amaba á su seductor con tanto mas cariño cuanto mayores eran los sacrificios que su amor le costaba. Sentia no obstante Adelina la vergüenza de su posicion por mucho que se esforzase en disimular este sentimiento; y otro pesar mas hondo que la vergüenza minaba sus fuerzas y abatía su ánimo. Pero en presencia de Montreal era venturosa en medio de sus pesares, y hasta la decadencia de su salud sugería á su mente la consoladora idea de que moriria sin que se disminuyese en un ápice el amor á su caballero.

Solían á veces dar juntos cortos paseos. No permitiéndoles la situacion del país alejarse mucho del castillo, vagaban por los amenos bosques á la hora en que los rayos del sol penetraban á través de su hermoso follage, ó bien costeaban el mar compacto y tranquilo, que era el encanto de aquel delicioso rincón de la tierra. La escolta del caudillo de aventureros, la tienda elevada al raso, el laud y la dulce voz de Adelina, y el grupo de feroces soldados que le oían á alguna distancia; esta mezcla de objetos graciosos y terribles formaba un cuadro digno de los versos del Ariosto, y en perfecta armonía con aquella época de bárbaros desórdenes y de pasiones generosas, en que las tierras clásicas del Mediodía fueron teatro de las románticas hazañas de los guerreros del Norte.

Entretanto Montreal continuaba en secretas relaciones con el rey de Hungría, y engolfado en sus nuevos proyectos olvidaba los que habia formado respecto de Roma. De todos modos su brillante ambicion le parecia no mas que dilatada por breve tiempo; y en su porvenir azaroso columbraba siempre el capitolio y el acto de los Césares, ceñido de esplendente aureola.

Cierto día seguido Montreal de algunas de sus gentes pasaba á caballo cerca de los muros de Terracina. Se abrió de repente una de las puertas de la ciudad, y salió de ella multitud considerable en pos de una singular figura, á la que seguian todos con la cabeza desnuda y colmándole de bendiciones. Cerraban la comitiva una procesion de frailes, quienes entonaban un himno, cuyas últimas palabras eran estas:

»Nacen las flores bajo la planta del que trae alegremente gozosas nuevas:
»por encima de su cabeza resuenan en el cielo las harpas de los ángeles y los
»coros de las virgenes. Cesan los combates y la carnicería en tu bendito
»camino, jóven mensajero de paz.

»Seguro es tu tránsito de noche y de día, por selvas y pantanos: caminas
»solo, mas no conoces el miedo porque Dios es contigo: tu blanca vestidura,
»tu vestidura sin mácula te defiende mejor que una coraza de acero. Contra
»la espada de los impíos blande tu diestra argentada barilla: en los campos y
»en medio de las sendas, y á través de las guaridas de bandoleros, penetra
»la paloma con el ramo de oliva: el mensajero de amor dulcifica solo con una
»palabra el corazon mas diamantino, y vuelve las almas al redentor. La
»guerra, la rapiña y la violencia cesan ante ti. ¡Oh mensajero de paz!»

El personaje á quien se hacían aquellos honores era un jóven inverte, vestido de blanco y de plata, desarmado, con los pies desnudos, y con una larga varilla de plata en la mano. Montreal y su tropa se detuvieron sorprendidos, maravillados, y guiando aquel su alazan hácia la muchedumbre se halló enfrente del extranjero.

—«¿Qué significa todo eso, buen amigo? preguntó el Provenzal. ¿A qué

nueva clase de peregrinos pertenecéis? ¿Qué santidad especial os atrae tan cumplido homenaje?

—¡Atrás! gritó el mas osado de la muchedumbre, no es justo que un bandolero detenga al mensajero de paz.

Montreal hizo un gesto desdeñoso.

—No me dirijo á vosotros, señores, esos dignos hermanos, que forman vuestra retaguardia, saben bien que jamás recibió de mí injuria ningun heraldo, ni portador de pacífica enseña.

Interrumpieron los religiosos sus cánticos y se adelantaron con presteza. Con efecto, la devocion harto política de Montreal le indujo siempre á ser bien quisto de los monasterios inmediatos á su temporal retiro.

—«Hijo mio, pronunció el mas anciano de los religiosos: este es un espectáculo extraño, pero un espectáculo que edifica; y cuando lo sepas todo no dudarás en dar un salvo conducto al mensajero para que no estorbe su marcha el valorá veces inconsiderado de tus amigos.

—Trastornas aun mas mi pobre cabeza, dijo impaciente el caballero; permitid que este jóven hable por su propia boca. Veo las armas de Roma bordadas en su manto con otras insignias que son para mi un misterio, aunque estoy bastante versado en el arte heráldico como cumple á un noble y á un caballero.

—Señor, dijo con gravedad el jóven: reconoce en mí al mensajero de Nicolás Rienzi, tribuno de Roma: estoy encargado por él de llevar cartas á muchos principes y barones que residen entre Roma y Nápoles; las armas que ves bordadas en mi manto, son las del soberano Pontífice, las de la ciudad y las del tribuno.

—¡Hum! Forzoso es que tengas ánimo elevado para atreverte á cruzar la campiña de Roma sin mas defensa que tu varilla de plata.

—Te equivocas, señor caballero: juzgas del presente por el pasado. Sabe que á la sazón no existe un solo ladron en toda la campiña: las armas del tribuno han dejado los caminos tan limpios de malhechores como lo está la ciudad de Roma.

—¡Me cuentas maravillas!

—Por los bosques y las fortalezas, á través de los mas espantosos desiertos y de las mas populosas ciudades han llevado mis compañeros esta varilla de plata, y en ninguna parte se han visto obligados á hacer uso de ella. Donde quiera nos bendicen, lágrimas de alegría acogen á los mensajeros del que ahuyentó al bandido de su fuerte, al tirano de su castillo y aseguró la ganancia del mercader y la choza del aldeano.

—¡Pardiez! exclamó Montreal con orgullosa risa; debo estar agradecido al favor que se me dispensa, pues aun no he recibido órdenes ni experimentado venganzas del tribuno, y eso que, segun presumo, se halla mi castillo en el territorio del Vaticano.

—Dispensa, señor caballero, dijo el jóven. ¿No es el célebre caballero de san Juan, guerrero de la cruz y gefe de bandoleros, á quien hablo en este instante?

—¡Osado eres, mancebo! Hablas con Gualtero de Montreal.

—Pues tengo orden de dirigirme á tu castillo.

—Procura no llegar allí antes que yo, porque correrias riesgo de salir mas pronto de lo que quisieras. Quietos, quietos, amigos míos, dijo á la muchedumbre que se agrupaba en torno del mensajero. ¿Pensais que quien se parangona con reyes, tenga gusto en matar á un mancebo cesarmado? ¡Ea, paso! ¡Abridnos calle! Jóven, sigueme á mi morada: tan seguro estarás en mi castillo como si te hallaras en los brazos de tu madre.

Hablando así Montreal con mucha dignidad y grave aplomo se dirigió hácia su castillo, siguiéndole sus soldados atónitos á alguna distancia, y yendo en pos el mensajero de la blanca vestidura con la multitud, que no quiso abandonarle. Tan grande era el entusiasmo de aquellas buenas gentes que subieron hasta las puertas de la formidable fortaleza é insistieron en aguardar la vuelta del jóven enviado.

Montreal, que no tenia fé ni ley en parte alguna, respetaba estrictamente los derechos del último villano de aquella comarca, y hasta afectaba opularidad con los pobres. Invitó, pues, á la comitiva del mensajero á que entrase en el patio, y les hizo sacar vino y otros refrigerios: á los frailes se les obsequió en la espaciosa sala, y el caballero condujo á una estancia pequeña al enviado del tribuno para que esplicase su embajada.

—«Esta os lo esplicará,» dijo el jóven presentándole una carta.

El caballero cortó la seda que la sujetaba con su daga, y la leyó con sosegada atencion.

—Vuestro tribuno, dijo despues de terminada la lectura, ha aprendido muy pronto el estilo lacónico del poder. Me ordena que entregue este castillo y que evacue el territorio papal en el término de diez dias. Es sobrado cortés, pues me deja tiempo para respirar y reflexionar sobre su propuesta. Siéntate, jóven, y disimula mi franqueza; pero soy de opinion que tu señor tiene bastante que hacer con sujetar á los barones de Roma y podia mostrarse algo mas indulgente con los extranjeros. Estéban Colonna.....

(Continuad.)

DESPEDIDA DEL ARTISTA SALVATORI

DEL PÚBLICO MADRILEÑO.

Señores redactores de la Revista de Teatros:

Muy señores míos y de todo mi respeto: la circunstancia de hallarme próximo á partir para Italia me obliga á llamar la atención de Vds. suplicándoles se sirvan insertar en su apreciable periódico las siguientes líneas, dictadas por un sentimiento de delicadeza y por la espresion mas sincera de mi profunda gratitud. De su especial bondad espero dispensarán Vds. este favor al que, con las muestras de la mas distinguida consideracion, tiene el honor de ofrecerse afectísimo servidor Q. B. S. M.

CELESTINO SALVATORI.

Por motivos de delicadeza que el público ya sabe, y que no cumple repetir ahora, creí de mi deber, hace días, pedir la cancelacion de la escritura de mi compromiso como primer bajo cantante de la empresa del Circo. Esta cancelacion me ha sido concedida últimamente, despues de varias instancias, bajo un pretexto motivado. Pero si mi compromiso con la empresa de dicho teatro ha terminado, otro mas sagrado para mí, y del que no puedo sustraerme sin el mayor pesar, me falta que cumplir. Dar un *adiós* al público de Madrid es, señores redactores, mi primero y último deber. Y pues ya que las circunstancias no lo han dispuesto de otra manera mas digna de mis vivos deseos por complacerle, séame al menos permitido consagrarle este débil, pero sincero recuerdo de mi profundo y leal agradecimiento por las constantes y espresivas simpatías con que siempre ha ensalzado, mas que mi escaso mérito, mis esfuerzos por agradarle. Esta idea, la seguridad de que en cualquier punto donde me halle podré recordar con satisfaccion al público querido y respetado de Madrid, es la única que me consuela al dejarle.

No sin sentimiento igualmente me veo en la necesidad de aprovechar esta ocasion, importuna sin duda, pero única que se me puede presentar para aclarar un cortísimo párrafo que la Iberia Musical del 11 del corriente inserta. Dicese en él, despues de hacerme mucho favor, que en la temporada presente, contando desde abril hasta la fecha, solo he podido tomar parte en 22 representaciones, y que he venido á ganar cada noche que he contado 2.600 y pico de reales. Mi deber exige en esta ocasion hacer presente que en cuanto al primer punto hay dos equivocaciones pues yo no principié á cantar el último dia de abril, si bien para resarcir en parte los perjuicios que se me originaron de resultas de no haberme cumplido la contrata de un año que celebré con el señor Olona la empresa actual me satisfizo todo el mes por completo y me dió por via de indemnizacion doce mil reales mas. Es pues lo cierto que solo desde mayo, puede decirse, principié á cantar, y lo es igualmente que no solo ha sido el número de representaciones que se indica, siéndome doloroso decir que si no ha sido mayor no ha tenido la culpa de ello Salvatori, que tan solo se ha escusado, y eso á consecuencia del penoso trabajo que en el *Furioso* desempeñaba, una semana en que estuvo en cama con dos sangrías, sino las mayores atenciones que exige un teatro donde alternan tres diversos espectáculos, y cuya direccion respecto á aquel que he pertenecido está confiada á persona mas capaz para otros cargos. En cuanto á la apreciacion material de cada funcion, no me es dado contestar como quizás seria debido. Presumo por otra parte que tan peregrina ocurrencia será, mas bien que de los redactores de aquel periódico, parto de algun caballero que ignora indudablemente cuál es en todos los países el precio del artista.

Dispensarán Vds., señores redactores, esta pequeña digresion que me he visto obligado á hacer, separándome un momento de mi principal objeto, que no es otro sino tributar el debido homenaje de respeto y agradecimiento á un público que tantas y tan honrosas pruebas me tiene dadas de su aprecio y benevolencia.

Se repite de Vds. afectísimo Q. B. S. M.

CELESTINO SALVATORI.

La lectura del anterior comunicado nos hace, mas que nunca, sensible la pérdida del eminente, del grande artista Salvatori. Por motivos de delicadeza, dice, que no cumple repetir, ha roto antes de tiempo la escritura. Asi es la verdad; y ya todos sabemos que gracias á un *desdichado Calderon*, no volveremos á verle sobre la escena. No obstante los justísimos motivos que de buena tinta sabemos ha tenido el señor Salvatori para mostrarse ofendido por faltas de atención, guarda silencio en este punto, y tal silencio es un nuevo título al aprecio y á la consideracion pública. Como quiera que sea, lo cierto es que Salvatori se nos marcha y que Salvatori es la mas estimada joya del público filarmónico. Hoy pues se despide de nosotros con sentidas frases y nos dice que siempre recordará con satisfaccion este pueblo para él tan querido.

Nosotros tambien creemos ser intérpretes del público de Madrid, agradeciendo la pureza de tan buenos deseos y la sinceridad de tan noble afecto, aunque sentimos en el fando del alma quedar privados de oír su simpática voz y de admirar su hermosa presencia. ¡Cuántas veces nos tendremos que acordar de aquel *Marino Faliero* que tan bien nos representaba con sus 84 años, su buena salud, su juvenil energia, su despechada resolucion! ¡Cuántas otras de esa sublime creacion que el fecundo maestro escribió para Salvatori, de ese *Belisario* donde le hemos admirado á la vez como vencedor, pero sumiso; valiente pero resignado; padre feliz pero esposo desgraciado! Con particular satisfaccion recordaremos siempre al alegre *Figaro del Barbero*, Figaro que los andaluces dudan que no sea su paisano, y que los italianos conocen con el nombre de *Barbiere di Milano*. Siempre, en fin que Salvatori ha estado en escena, la escena se ha sostenido. De las diez ú once óperas que ha representado en los 16 meses que ha trabajado en Madrid, las mas han obtenido un éxito brillante, y gracias á él, ninguna ha hecho *fiasco*. Su hermosa y llena voz, su profundo conocimiento músico, su talento en fin para la compresion de todos los papeles y de todas las situaciones, le han elevado al último escalon del arte y grangeado en el mundo filarmónico un puesto distinguido. Su gallarda presencia, la finura de sus modales, la espresion de su elástica fisonomía y el imperio que ejercen sus penetrantes miradas, le han igualmente colocado en el pináculo á que poquisimos actores es dado llegar.

Si hubiéramos de enumerar en este momento todos los triunfos de este distinguido artista, nos seria forzoso insertar el catálogo de cuantas funciones ha ejecutado. Por esto, y porque con igual aplauso ha sido recibido en todas partes, y porque en todas partes se ha reconocido su mérito, puede darse á Salvatori, sin escrúpulo, el nombre de artista. Con su buena voz y sus conocimientos músicos hubiera sido siempre un buen cantante; pero con su talento y sus buenas dotes como actor, es merecedor de aquel alto nombre, que por desgracia tantos

y tantos se dan sin merecerlo. En la romanza y el famoso duo de los *puritano* en el ária del acto segundo de *Beatrice*, en el dueto del segundo acto del *Belisario* en los duos de bajo y tiple de la *Linda*, en la soberbia ária y terceto de la *Lucrecia*, siempre en fin, hemos visto á Salvatori grande como cantante, inimitable como actor. Si en el *Roberto* nos ha pintado al fiel amigo, vengativo despues de hallarse tan vilmente engañado, en *L'Exule* hemos admirado al hombre ago viado, delirante por el peso de sus remordimientos. Superior á sí mismo en el *Furioso*, nos contentaremos con reproducir la feliz idea ocurrida á nuestra amable corresponsal de Milan, la apreciable señorita española doña E. V. P. «*El furioso*, dice, es un verdadero poema para el eminente Salvatori: en todos tiempos y en todos los países donde este célebre artista le ha ejecutado he oído asegurar que arrebatada y conmovida: cada palabra, cada movimiento le ha valido siempre un triunfo. El público de Roma, el mas inteligente sin duda, y por lo mismo el mas delicado de toda Italia, no ha dado á ningun artista pruebas tan mequivocas de su vedadro entusiasmo, como á Salvatori.

Insensiblemente hemos enumerado algunas de las piezas de mas efecto á nuestro juicio, ó que mas nos han agradado oír á Salvatori. El justo aprecio á que este artista se ha hecho siempre merecedor y lo apasionado que por él se ha mostrado el público en todas ocasiones, exijan de nosotros esta ligera prueba, que podrá recompensar hasta cierto punto los buenos deseos y el vivo interés que manifiesta el señor Salvatori por un público que, siendo descontentadizo y fácil de dividirse, no ha tenido nunca de él sino una sola, pero en alto grado general y favorable opinion.

LOS REDACTORES.

La noche del jueves se ejecutó en el teatro del Circo la piececita en un acto *Dos años para un criado*, traduccion libre de la señorita de Vera. A pesar de lo mal ejecutada, pues solo el distinguido y apreciable actor Fabiani, estuvo en su papel, el público aplaudió en general los innumerables chistes de que está sembrada la composicion. Nosotros no podemos menos de recomendarla muy eficazmente y estimular al propio tiempo á tan amable señorita á fin de que con mas provecho suyo y del público se dedique á componer alguna piececita original.

VARIEDADES.

TECNOLOGIA.

A los veinte dias de una penosa enfermedad ha fallecido en la mañana del 29 el Excmo. señor duque de Osuna, de Benavente y del Infantado. Noble de la primera gerarquia, rico de juventud y de fortuna, gallardo de figura y aventajado de talento, una temprana muerte ha cortado el hilo de sus ilusiones. ¡Esas son las glorias de la vida! Todas las prendas que enaltecian al ilustre duque le llamaban á ocupar uno de los primeros puestos del Estado: si á imitacion de algunos de sus antepasados hubiera seguido la honrosa profesion de las armas: si su inclinacion le hubiese impelido á los campos de batalla durante los siete años que han corrido para España al compás del estrepitoso cañoneo de las provincias donde se lidiaba en defensa del trono de Isabel II, al celebrarse el convenio de Vergara hubiera figurado Osuna dignamente como capitán general de los ejércitos nacionales. Si hubiera emprendido la enmarañada senda de la política, con lo elevado de su posicion y sus luces pudo alcanzar un prestigio, que, empleado en favor de la causa del orden y del natural progreso que reclama nuestra época, hubiera contribuido no poco á templar el fuego de las pasiones, á conciliar los ánimos de hijos de una misma patria. Sueños de triunfos habrán poblado á veces la juvenil frente del malogrado duque; mas hubo de sofocarlos su gusto por el sosiego de la vida privada. En ella son laudables todas sus acciones, es intachable su conducta: dotado de un corazon generoso y caritativo destinaba todos los meses una cantidad crecida para limosnas: era el paño de lágrimas de los menesterosos: algun convento de religiosas hace años que le debe su subsistencia. Tambien ha dispensado proteccion á las artes: algunos brillan hoy entre nosotros que han gozado pension del duque en el estragero mientras perfeccionaban sus estudios. Su muerte deja en la horfandad á muchas familias que en él tenían su único amparo. Atribuyese su desgracia á una fuerte insolacion que tomó al volver de su alameda en lo mas riguroso de la siesta, y á que sintiéndose ya con alguna desazon tomó un baño frio, del que le sacaron muy indispuesto.

Profundas raíces tenia en el alma del duque el sentimiento religioso: á los pocos dias de enfermedad pidió los santos Sacramentos sin que precediera insinuacion alguna de los facultativos: recibió fervoroso el viático y dejándose con resignacion á la voluntad del Altísimo. Considerábase su fortuna poco menos que fabulosa; Y ha exhalado el postrimer suspiro á la edad de 35 años! Ausente su hermano se la esperaba en Madrid de un instante á otro y aun creemos que ha llegado pocas horas despues de la catástrofe. Segun nos aseguran el señor duque de Osuna rogó encarecidamente á su confesor el padre Carasa, que su cadáver no se espusiera al público. Ha muerto un hombre de bien, un ciudadano virtuoso, que por sus famosos títulos se hallaba al frente de la nobleza de España; de esa nobleza hoy abatida y de que tan gloriosamente hablan nuestras historias: ya no existe el esclarecido varon que brindaba alivio á la miseria, consuelo al infortunio, proteccion á estudioso artista; consagremos una lágrima á su memoria!

TEATROS.

DE LA CRUZ Y DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funciones.

DEL CIRCO.

A las ocho de la noche: 1.º LA NIÑA BOBA, comedia en tres actos. 2.º Baile nacional. 3.º LAS CITAS, Comedia en un acto.

IMPRESA DE D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas número 8.